

FÉLIX G. MODROÑO

LA CIUDAD
DEL ALMA
DORMIDA



Un homenaje literario a la ciudad de Bilbao.

Esta ficción histórica de suspense constituye una antigua fotografía de una ciudad herida, un viaje a unos tiempos convulsos en los que el amor debe abrirse paso aferrándose a su instinto de supervivencia, entre los escombros nostálgicos del pasado.

Cuando Ignacio se enamora a primera vista de Irene, una joven librera pelirroja, poco podía sospechar que sus sentimientos tendrían que convivir con una guerra civil a punto de estallar.

En medio de una ciudad que lucha por su subsistencia, Ignacio tendrá que cubrir para su periódico una violenta ola de crímenes que la asolan mientras Irene añora más que nunca su Gernika natal desde una Bilbao asediada. Angustiados por la guerra, pero amparados por el amor, ambos tendrán que enfrentarse a situaciones para las que ningún ser humano se encuentra preparado.

Reseña:

«Leer a Félix G. Modroño es como darse un paseo por la historia de Bilbao».

El Correo

A los que sonrían cuando pasean por el Arenal, a los que brindan en alguna taberna de las Siete Calles, a los que vibran con el Athletic, a los que sienten suya la Plaza Nueva, a los que se maravillan al contemplar el Guggenheim, a los que respiran con orgullo desde Artxanda, a los que caminan bajo la lluvia... A todos los amantes de Bilbao, la ciudad de los ojos grises

1

En aquellas Navidades de 1935 los comercios bilbaínos aún destilaban la luz y la alegría de siempre. Ignacio Segurola se subió el cuello de la gabardina y se ajustó bien el sombrero antes de abandonar la redacción del periódico *Euzkadi* en la calle Correo, muy transitada a pesar de la lluvia, sin saber que estaba a punto de enamorarse.

Se sonrió pensando en que su prodigiosa memoria le traicionaba sin remedio a la hora de acordarse de recoger sus paraguas, los cuales dormían fugazmente en los rincones olvidados de las cafeterías bilbaínas hasta ser rescatados por sus nuevos dueños de circunstancias. No en vano, el bueno de Juan Leoz le hacía descuento cada vez que asomaba la nariz por su paraguiería de Belostikale. Al pasar por La Oriental dudó si adquirir uno de urgencia, pero al final decidió guarecerse bajo los escasos aleros y marquesinas que le separaban de su destino.

Se sacudió el agua de su gabardina antes de empujar la puerta de la flamante librería de don Emeterio Verdes Achirica. Enseguida vio a su dueño, sentado en su puesto de mando, atento a cuanto acontecía a su alrededor. Aunque ya estaba retirado y delicado de salud, se negaba a quedarse en su casa y disfrutaba acudiendo al negocio en el que empezó de aprendiz de la mano de su antiguo dueño, el ilustre impresor y librero don Juan Eustaquio Delmás.

En su negocio, don Emeterio no se limitaba a vender libros sino que, tal y como rezaba en sus rótulos exteriores, ofrecía objetos de dibujo y artículos de papelería; además, en sus talleres se realizaba todo tipo de impresiones, incluidos los títulos que acreditaban los derechos en cualquiera

de las pujantes empresas establecidas en la villa y sus alrededores. Sin embargo, lo que más popularidad y réditos le proporcionaba eran las publicaciones de libros de temas locales, así como los folletos y carteles relacionados con el Partido Nacionalista Vasco, al que pertenecía desde su fundación en 1895. Para poder atender a tanta demanda, tuvo que ampliar sus instalaciones adquiriendo la antigua librería de Agustín Emperaile en la cercana calle de la Cruz.

A pesar de que se sabía bien sucedido por sus hijos, a don Emeterio le gustaba formular un comentario o hacer algún gesto puntual, un poco por no dejar de sentirse imprescindible, un mucho porque llevaba tinta en las venas. Al ver entrar al periodista, el viejo librero susurró algo, rozándose la chapela. A Ignacio Segurola le pareció leer un «aupa» en sus labios y le sonrió, máxime al comprobar que sobre el regazo de don Emeterio descansaba un ejemplar del *Euzkadi*. Quizá hasta hubiese leído su crónica del último partido del Athletic que, tras un comienzo titubeante de temporada, ya se encontraba líder de la liga con el Madrid F. C. pisándole los talones.

El hecho de que el *Euzkadi* fuese un periódico de ideología nacionalista, en el que la política cobraba un innegable protagonismo, no impedía que sus páginas se ocuparan de temas sociales, económicos e incluso deportivos. Su director, Pantaleón Ramírez de Olano, se dio cuenta enseguida de la relevancia que adquiriría el deporte y se encargó de que su diario recogiese noticias de montañismo, pelota, ciclismo y, por supuesto, de fútbol. Ignacio Segurola se ocupaba de cubrir algunos de estos eventos. De vez en cuando, don Pantaleón accedía a acompañar estas crónicas con alguna fotografía tomada por el propio Ignacio, que también colaboraba en el *Excelsius*, el periódico deportivo del grupo, por lo que su nombre iba adquiriendo cierta popularidad entre los bilbaínos, a pesar de su juventud. Suya era la crónica del último partido del Athletic en Sevilla en el

que Gorostiza había marcado los dos goles de la victoria tras haberse pasado la noche entera de juerga.

Como cliente habitual de la librería conocía a todos sus empleados, al menos de vista y saludo. Sin embargo, aquella tarde descubrió por primera vez a una chica pelirroja de aspecto frágil que vendía un ejemplar de *Marxismo y anti-marxismo*, de Julián Besteiro, a uno de sus clientes bajo la atenta mirada de Tere, una de las hijas de don Emeterio. Ignacio se hizo el distraído a la espera de que la muchacha quedase libre y, después de que el cliente abonara las cinco pesetas y se marchara con su libro bajo el brazo, se acercó al mostrador donde ella se encontraba. Tere Verdes se percató de la maniobra del periodista y se situó junto a la joven al tiempo que esta le sonreía con timidez.

—*Arratsalde on*, Ignacio —saludó la hija del dueño, arreglándose el lazo con el que se aseguraba que su vestido oscuro quedase totalmente ceñido al cuello—. Ya veo que prefieres que te atienda Irene.

El comentario de Tere Verdes provocó que ambos se azoraran, aunque apenas se apartaron la mirada.

—*Arratsalde on* —atisbó a decir Ignacio, contrariado consigo mismo por no haber podido esconder su turbación. Quiso creer que su reacción fue instantánea—. No quería molestar a la jefa —murmuró, ladeando las comisuras de sus labios.

Su sonrisa resultó más franca que sus palabras.

—Ya —rio Tere de buena gana, esta vez comprobando al descuido que su moño se encontraba en su sitio—. No seas adulator. De sobra sabes que aunque sea la hija del dueño, el jefe es mi hermano Pepe.

—Para mí siempre serás la jefa, Tere —respondió Ignacio ante la atenta presencia de Irene.

La librera fijó sus ojos tristes en el periodista durante unos instantes antes de que sus finos labios esbozaran una sonrisa condescendiente. Su corta estatura no era óbice para aparentar una fortaleza fuera de lo corriente que se ex-

tendía a sus ideas políticas, identificadas con las de su padre y su hermano, hasta el punto de que pertenecía a Emakume Abertzale Batza, la asociación femenina del Partido Nacionalista Vasco.

—¿No vas a preguntarle qué se le ofrece al caballero? —dijo Tere, dirigiéndose a Irene, impostando una voz modulada con sorna cariñosa—. Te advierto, Ignacio, que esta niña se encuentra bajo mi protección.

—Señorita inquisidora —contestó el periodista, imitando el tono de Tere—, yo solo pretendía comprar un libro.

La respuesta de Ignacio provocó una tenue risita en Irene que no pasó inadvertida para su jefa.

—¿Vas a reírle las gracias a este sinsorgo? No te dejes embaucar, que los periodistas tienen mucho pico.

—¿Tienes algo contra los periodistas? —Su pregunta denotó cierta guasa.

—Nada, nada —replicó Tere del mismo modo—. Y menos si son del *Euzkadi*.

—¿Qué desea, señor? —quiso saber la muchacha sin poder disimular su retraimiento inicial, preguntándose si todos los periodistas serían tan apuestos, después de haber conocido a un colega suyo en su primer día de trabajo. No obstante, este parecía menos cultivado; eso sí, más atractivo.

—¡Vaya! Así que Irene tiene voz. —Pensó en añadir un «y muy bonita, por cierto», pero consideró que debía guardarse los halagos para una mejor ocasión—. Pues deseo que me tutees, Irene. Ya has oído que me llamo Ignacio —dijo el periodista, ofreciendo su mano a la muchacha. A ella le sorprendió la calidez de su piel a pesar del frío húmedo de la calle.

—Bueno, como ya os conocéis, voy a ver qué quiere mi *aita*, que veo que me está haciendo una mueca la mar de disimulada. Irene lleva con nosotros algo más de dos semanas. Es de Gernika. Trátamela en condiciones o tendrás que

vértelas conmigo —bromeó la librera mientras se alejaba del mostrador.

Irene e Ignacio trataron de dominar sus pudores, aunque el modo en que se miraron no ayudó a normalizar la situación. A Ignacio le costaba apartar la mirada de aquellos preciosos ojos grises que destellaban como las chispas que se escapan de la lumbre.

—¿Qué deseas? —repitió Irene, procurando esconder su acento por considerarlo demasiado aldeano.

El periodista la miró y volvió a guardarse su primera respuesta para sus adentros. De buena gana le habría contestado que deseaba invitarla a dar un paseo y tomar un café en el Gayarre... o mejor en La Granja, más refinado para una dama. Sin embargo, una vez más, optó por la prudencia, si bien decidió cambiar el propósito de su visita. Su intención inicial era la de adquirir un ejemplar de *Entre la libertad y la revolución*, recién impreso en la propia librería, escrito por José Antonio de Aguirre, un joven abogado dedicado a la política, más carismático aún por sus arengas nacionalistas desde su alcaldía de Getxo que por haber jugado en el Athletic; no obstante, pensó que la lectura de aquel libro podía esperar.

—Buscaba algo de poesía, pero estoy dudando —respondió escuetamente, quizá pretendiendo evidenciar su sensibilidad.

—¿Te gusta la poesía? —preguntó ella, timorata, con un atisbo de asombro en la voz.

—Me gusta la buena poesía.

—Dime cuál es tu duda. Estoy aquí para ayudarte —dijo Irene, no sin cierta coquetería en su mirada miope parapetada tras sus gafas de pasta.

—Este año se rindió homenaje a Lope de Vega en la Feria del Libro de Madrid por el tercer centenario de su muerte y...

—Eso sí que no lo entiendo —lo interrumpió ella—. Habría que celebrar el nacimiento de los genios, no su muerte.

te.

—Visto de esa manera...

—¿No tengo razón?

—No seré yo quien te la quite, además...

—Bien, así me gusta —sonrió satisfecha, consciente de que se había iniciado algo parecido a un flirteo mientras se apartaba de la frente un mechón de su flequillo—. ¿Vas a decidirte a contarme tu duda?

—¡Claro! —rio Ignacio—. En cuanto me dejes terminar una frase.

—¡Oh! No me estarás llamando charlatana...

—¡No! ¡Jamás se me ocurriría! —exclamó el periodista con aire jocoso.

—¡Vaya! Lo siento. Vas a pensar que soy una descarada.

—En absoluto —respondió Ignacio, regocijado por la candidez de la muchacha.

—A ver, dime, Lope de Vega o...

—*Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. Me gusta mucho García Lorca —puntualizó el periodista.

—¿De verdad? ¡A mí me encanta!

—Entonces, duda resuelta.

—¡Uf! Estoy enamorada tanto de sus poemas como de sus obras de teatro. Hace unos días se estrenó en Madrid *Doña Rosita la soltera*. ¡Qué lástima no haber estado allí! Aunque me daría igual ver *Yerma*... ¡o *Bodas de sangre*!

Sin darse cuenta, la librería envolvía de timidez sus momentos más desenvueltos.

—Pues ¿sabes que se representan aquí el mes que viene? Actuará la compañía de Margarita Xirgu en el Arriaga.

—¿En serio? Nunca he ido al teatro —confesó Irene, sin atreverse a decantarse por la ilusión o por la decepción.

—¿Te gustaría ir? —Esta vez, a Ignacio le pudo el instinto y se arrepintió enseguida de no haberse mordido la lengua.

—¿Me estás invitando? —preguntó ella, arrobada—. Quiero decir... ¿Ir al teatro tú y yo solos?

—Bueno, no creo que estemos solos —respondió él, temeroso ante una más que probable negativa—. Te aseguro que el teatro estará a rebosar.

—No creo que sea una buena idea —dijo Irene, sin excesivo convencimiento—. Es que...

La presencia de Tere Verdes interrumpió la frase de la muchacha.

—Veo que habéis hecho buenas migas —comentó jocosamente la librera—. ¡Y hasta te vas a llevar un libro de poesía!

—Eres un caso —sonrió él, tratando de disimular su contrariedad—. La verdad es que tengo la intuición de que os va a ir muy bien con Irene.

—No te quepa la menor duda —ratificó Tere.

Tras pagar y despedirse de las dos mujeres, Ignacio Segurola salió a la calle medio aturdido. Había dejado de llover y aún clareaba. El periodista alzó la mirada para comprobar que las nubes eran del mismo color que los ojos de la muchacha de la que se acababa de enamorar a primera vista.

2

Con su libro de García Lorca bajo el brazo, Ignacio Seguro-la se dirigió hacia el estanco de la calle Bidebarrieta. La buena de doña Milagros Hurtado le despachó el tabaco para su pipa casi de forma mecánica, aunque sin desprenderse de su gesto afable. Al salir a la calle miró tímidamente a su derecha, pero no se vio con ánimo de acercarse al portallito en el que doña Julia Galiana y su esposo, don Eladio Iváñez, vendían su turrón.

A esas horas, las mujeres curioseaban las cortinas y las alfombras de Gastón y Daniela, los preciosos vestidos infantiles de Tomasa y Carolina o los pendientes de la joyería Delgado; los hombres miraban de reojo los trajes en la camisería del Andorrano y los niños pegaban la nariz en los escaparates de las pastelerías, suspirando por los bombones de Los Pirineos, por los bollos de mantequilla del Café Suizo, por los caramelos de malvavisco de Santiaguito o por las anguilas de mazapán y los turrónes de Soconusco de Martina de Zuricalday.

En realidad, aquel gesto de comprar dulces navideños a aquellos comerciantes que venían desde Jijona cada mes de diciembre constituía un pequeño homenaje a su madre y a su hermana pequeña porque este era uno de los pocos recuerdos que guardaba de ellas antes de que se las llevara la gripe de aquel maldito otoño de 1918. En la primavera siguiente los afectados fueron su padre y él mismo, si bien esta vez la epidemia se presentó algo menos virulenta y los cuidados del doctor Entrecanales resultaron suficientes para que ambos sobrevivieran.

Sin embargo, el padre de Ignacio no supo afrontar la pérdida de la mitad de su familia más que trabajando en su comercio de textiles de la calle Tendería y ahogando las penas por las tabernas del casco viejo de la ciudad. Y si, a pesar de las desgracias, la infancia de Ignacio no le supuso un tormento fue gracias a su innato instinto de adaptación y porque, en el fondo, su padre nunca dejó de administrarle sucedáneo de cariño; eso sí, a su manera, que no era otra que dedicarle parte de los domingos para ir juntos a ver al Athletic a San Mamés o presenciar algún partido de pelota en el frontón Euskalduna. Para los anales quedaría aquella inolvidable final de Copa del Rey en 1921 contra el Athletic Club de Madrid, equipo hasta hacía bien poco filial del bilbaíno, en un ambiente de éxtasis que no se recordaba; o la victoria de Atano III frente a Mondragonés, el hasta entonces campeón de pelota mano, aquel primero de enero de 1927. A partir de ese día, el enclenque jugador de Azkoitia, que jugaba con una chapela calada sobre las orejas para ocultar su calvicie, se convertiría en un ídolo de masas que llenaba los frontones cada vez que su mal de manos le permitía disputar un partido.

Con el discurrir de los años, Ignacio dedujo que las ausencias de su padre se debían en parte a un afán de huir de los recuerdos hogareños, en parte a que no sabía cómo relacionarse con él, por lo que no le quedaba más alternativa que evitarle. Ignacio solía aguardarle leyendo en la cama y no apagaba la luz en tanto no escuchara cerrarse la puerta, hasta que un día ocurrió lo que llevaba demasiado tiempo temiendo. La puerta no se abrió en toda la noche. Y es que aquellos largos peregrinajes por las tabernas de las Siete Calles, primero a base de chacolís y luego de chiquitos, acabaron con la salud del castigado tendero quien fallecería en el hospital de Santa Marina, víctima de una tuberculosis, al poco de empezar los años treinta.

Imágenes de antaño asaltaban a Ignacio de forma intempestiva, traicionando efímeramente su cordura. Por

suerte, se iban con la misma fugacidad con la que llegaban.

Casi por instinto, se palpó el bolsillo de la gabardina para cerciorarse de que su Leica seguía en el mismo sitio. Este era un gesto que repetía de manera inconsciente en los ratos que no llevaba la cámara colgada en el cuello, lo que, a pesar de su afán por tomar imágenes en cualquier situación, sucedía con frecuencia porque le podía la prudencia de proteger su querida Leica de la pertinaz lluvia por muy sutil que esta pretendiese manifestarse.

Su afición por la fotografía comenzó cuando con catorce años acudió, junto a su amigo Kepa, al Salón Olimpia para presenciar *Edurne, una modista bilbaína*, un melodrama interclasista ambientado en la Bilbao de la época, dirigido por Telesforo Gil del Espinar. Aquel domingo, al llegar a casa, pidió a su padre que lo sacara del Instituto Vizcaíno para aprender el arte de la fotografía en alguno de los estudios que proliferaban por la ciudad. Tuvo la suerte de que don Manuel Torcida, un célebre fotógrafo santanderino afincado en Bilbao, necesitara aprendices para su flamante local ubicado precisamente frente al Salón Olimpia en la Gran Vía. En Casa Lux, Ignacio Seguro no solo se formaría en las técnicas de revelado, sino que pronto descubriría su talento natural para atrapar los momentos más allá de las instantáneas inmóviles. No le interesaba tanto los posados como lo que podía captar en la calle. De aquellos días, conservaba la amistad de Luis Torcida, el hijo de don Manuel, quien fallecería incluso antes que su padre no sin antes dejarles un legado de enseñanzas, ejemplaridad, profesionalidad y buenos consejos.

Encendió su pipa recordado en la barandilla del puente que unía la vieja ciudad con el ensanche. Si cerraba los ojos, aún percibía la silueta enjuta de Manuel Torcida aguardando tras su trípode a que la luz adecuada tamizara la estampa. A esas horas la actividad de las gabarras en la ría se iba apagando con el día. Ignacio echó un vistazo al cielo encapotado desde hacía más de un mes. Sin duda,

aquella pantalla natural de nubes contribuía a la fotogenia de la ciudad, a despoblarla de sombras. Luego, dirigió la mirada hacia la desembocadura de la calle Correo, acaso esperando que la joven librera que terminaba de conocer hubiese concluido su jornada laboral y apareciera sonriente entre los tilos del parque.

Quizá por su figura desgarbada o por sus facciones angulosas que le conferían cierto aire andrógino, aquella muchacha le recordaba a una joven actriz a la que había descubierto ese mismo año en el Cine Progreso de Madrid acompañando de nuevo a su amigo Kepa, quien cada vez se molestaba menos en esconder su homosexualidad. En su última visita a la capital de España, Kepa se empeñó en ver una película que la prensa anunciaba de fundamental trascendencia para todas las mujeres. Se trataba de la versión de una vieja novela de Louisa May Alcott, bautizada para la pantalla hispana con el nombre de *Las cuatro hermanitas*. A pesar de los recelos iniciales, Ignacio se quedó prendado del espíritu rebelde de Jo, interpretada por una tal Katharine Hepburn.

Desde la iglesia de San Nicolás llegaron siete tañidos y el periodista se dijo que era pronto para que la librería echara el cierre. Incluso si se daba prisa, todavía podía llegar a Marzana para llevarse algún libro de la Biblioteca Popular Pérez Galdós.

No dejaba de ser una más de las paradojas con las que se estaba construyendo Bilbao. La biblioteca más popular de la villa, por la que ese año habían pasado casi veinticuatro mil lectores, se hallaba entre un rosario de salones de alterne, tabernas y lupanares mucho más concurridos que la propia biblioteca. No resultaba extraño, pues, que la fauna urbana de la calle San Francisco se transformara por arte de vicio al caer la noche. Si algo apenas había cambiado en los últimos tiempos, con el crecimiento inaudito de la ciudad que consiguió doblar su población durante los veinticinco años de vida de Ignacio Segurola hasta alcanzar los

ciento setenta mil habitantes, era el carácter libertario del barrio de La Palanca, que vivía aislado del desarrollo económico de la ciudad si bien se aprovechaba tanto de los jornales de los mineros que trabajaban en los yacimientos cercanos como de los réditos burgueses de los comerciantes y empresarios que habitaban en lugares de más alcurnia. No obstante, unos y otros pululaban por las calles de La Palanca con idéntico propósito: el de divertirse con unos tragos de más en solitario, en cuadrilla o acompañados de alguna de las mujeres que sustentaban su vida mediante el alquiler de sus cuerpos.

El periodista del *Euzkadi* conocía a la perfección la oferta de cada local si bien jamás se había dejado tentar carnalmente por ninguna de las muchachas que le brindaban cariño de circunstancias, y eso que en algunas ocasiones en las que la soledad le embargaba se habría dejado embaucar por cualquiera que le hubiera ofrecido una caricia con visos de sinceridad, aunque luego hubiese tenido que pagarla. Sin embargo, sí que se regocijaba con las actuaciones subidas de tono de las canzonetistas que actuaban en el Salón Vega, en Las Columnas o en el Salón Vizcaya; quizá contagiado por la euforia de sus paisanos, en especial si la chica de turno ofrecía el número de *La Pulga* sobre el escenario. Más de una vez estuvo tentado de fotografiar el ambiente que se vivía en aquellas noches reñidas con el amanecer; no obstante, su prudencia le dictaba que la mayoría de los hombres que bebían, cantaban y jaleaban a las artistas no perdonarían un atentado contra su intimidad.

En cierto modo, a pesar de que Bilbao aprendía a ser una ciudad cosmopolita, no dejaba de ser una villa en la que la burguesía se conocía. Sin embargo, todo lo que ocurría en La Palanca quedaba dentro de la confidencialidad entre caballeros y rara vez trascendía al otro lado de las vías férreas alguna juerga, por mucho que esta se les fuera de las manos.